

Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevasen sandalias, pero no una túnica de repuesto.

Y añadió:

- Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio.

Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa.

Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

CON POCAS COSAS

¿Qué ha podido pasar para distanciarnos tanto de aquel proyecto inicial de Jesús?

¿Dónde ha quedado el encargo del Maestro?

¿Quién sigue escuchando hoy su deseo?

Pocos gestos nos descubren mejor la intención original de Jesús como éste que nos relata el pasaje evangélico de hoy.

Jesús envía a sus discípulos de dos en dos, sin alforjas, dinero ni túnica de repuesto, con una única misión: **«predicar la conversión»**.

Basta un amigo, un bastón y unas sandalias, para adentrarse por los caminos de la vida anunciando a todos ese cambio que necesitamos para descubrir el secreto último de la vida y el camino hacia una verdadera liberación.

No desvirtuemos el encargo de Jesús rápidamente. No pensemos que se trata de una utopía ingenua, propia quizás de una sociedad seminómada ya superada, pero imposible en un mundo como el nuestro.

Aquí hay algo que no podemos eludir. El evangelio es anunciado por aquéllos que saben vivir con sencillez. Hombres y mujeres libres, que conocen el gozo de caminar por la vida sin sentirse esclavos de las cosas.

No son los poderosos, los financieros, los tecnócratas, los grandes estrategas de la política, los que van a construir sin más un mundo más humano.

No son las conferencias, las protestas y manifestaciones las que van a lograr una mejora profunda de nuestra sociedad.

Esta sociedad necesita descubrir que hay que volver a las cosas sencillas de la vida. No basta con aumentar la producción y alcanzar un mayor nivel de vida. No es suficiente ganar siempre más, comprar más y más cosas, lograr siempre mejores comodidades.

Puede uno poseer todo lo que se puede desear, y permanecer todavía insatisfecho. Si seguimos esclavos del reclamo propagandístico de la televisión, pronto no habrá nadie contento con lo que tiene.

Esta sociedad necesita como nunca el impacto de hombres y mujeres que sepan vivir con pocas cosas. Creyentes capaces de demostrar que la felicidad no está en acumular bienes.

Alguien que nos recuerde que no somos ricos cuando poseemos muchas cosas, sino cuando sabemos disfrutarlas con sencillez y compartirlas con generosidad. Alguien que nos grite con su vida que un hombre que no sabe amar es un cero colosal, un fracaso total, por muchos que sean sus bienes y sus éxitos.

Quienes viven una vida sencilla y una solidaridad generosa son los que mejor predicen hoy la conversión que más necesita nuestra sociedad.

NO BASTA PASARLO BIEN

Sociólogos y siquiátras describen en sus análisis los rasgos que parecen definir cada vez de manera más clara el perfil del hombre contemporáneo. Sin duda, no todo es negativo. Lo que resulta, tal vez, más preocupante es el vaciamiento y la degradación de la vida que constatan en muchas personas.

Según diferentes estudios, el hombre de hoy es cada vez más indiferente a " lo importante" de la vida. Apenas le interesan las grandes verdades de la existencia. No tiene certezas firmes ni convicciones profundas. Es cierto que busca mucha información para saber lo que está pasando. Pero esto no le ayuda a formarse ni a ser más sabio y profundo. Recibe noticias, pero le falta capacidad para hacer una síntesis de lo que le llega.

Se trata, al mismo tiempo, de un ser humano cada vez más hedonista. Sólo le interesa de verdad organizarse de la manera más placentera posible. Aprovecharse, disfrutar de la vida y sacarle jugo. La vida es placer y si no, no es vida. A este hombre le cuesta cada vez más, interesarse por algo que no sea su propio bienestar, su dinero o el pasarlo bien.

Otro rasgo es la permisividad. Cada vez es mayor la resistencia a aceptar códigos o normas de comportamiento. Es bueno lo que me apetece, y malo lo que me disgusta. Eso es todo. No hay prohibiciones ni terrenos vedados. No hay tampoco objetivos ni ideales mayores. Lo importante es el pragmatismo: *lo que a mí me va bien*.

Mientras tanto, la vida se va vaciando de verdadero contenido humano. La persona humana se queda sin metas ni puntos de referencia.

Las personas tienen cada vez más fachada y menos vida interior.

Los valores humanos son sustituidos por los intereses de cada uno.

Al sexo se le llama amor; al placer, felicidad; a la información televisiva, cultura.

Pero el ser humano es demasiado grande para contentarse con cualquier cosa. No pocos analistas toman nota del número creciente de personas que, cansadas de vivir una vida tan "rebajada", buscan algo diferente.

Es difícil vivir una vida que no apunta a ninguna meta. No basta tampoco pasarlo bien. El hombre necesita arriesgarse y crecer comprometiéndose en causas nobles y dignas.

La vida se hace insoportable cuando todo se reduce a fachada y frivolidad. Estamos hechos también para cultivar el espíritu y la alegría interior.

Una vida hueca y superficial es siempre una vida vulnerable. Tarde o temprano lleva al cansancio.

Hay mucha gente hoy cansada de vivir, pero no como consecuencia de sus compromisos y tareas sino porque no pueden soportar ya su propio vacío.

Esta sociedad necesita dar un giro radical. Hay que "predicar la conversión", impulsar el cambio, pero, sobre todo, hay que introducir en la cultura moderna y en la convivencia social valores, actitudes y comportamientos que nos hagan más humanos.

EN MINORÍA

No le va a ser fácil a la Iglesia aprender a «vivir en minoría», en medio de una sociedad secularizada y pluralista. Después de haber sido la religión oficial del Imperio romano y haber ejercido durante siglos un poder hegemónico en occidente, no acierta a caminar sin el apoyo de algún «poder» que le permita actuar desde un nivel de superioridad.

Sin embargo, es bueno para la Iglesia ir perdiendo poder económico y político pues ese despojamiento la va acercando de nuevo hacia el movimiento que puso en marcha Jesús cuando envió a sus discípulos de dos en dos, sin alforjas, sin dinero ni túnica de repuesto, y con una sola misión: «predicar la conversión».

La intención original de Jesús es clara. No necesita de ricos que sostengan su proyecto. Basta con gente sencilla que sabe vivir con pocas cosas pues ha descubierto lo esencial: la importancia de construir una sociedad más humana y digna acogiendo a un Padre de todos.

Jesús no quiso dejar el Evangelio en manos del dinero. Le horrorizaba «acumular tesoros en la tierra». Tarde o temprano, el dinero se convierte en signo de poder, de seguridad, de ambición y dominio sobre los demás. El dinero le resta credibilidad al evangelio. Desde el poder económico no se puede predicar la conversión que necesita nuestra sociedad ni crear un espacio de solidaridad para todos.

Por otra parte, Jesús no necesita de poderosos que protejan la misión de sus discípulos. No cree en el poder como fuerza transformadora. El poder suele ir acompañado de autoritarismo impositivo y no es capaz de cambiar los corazones. Jesús cree en el servicio humilde de los que buscan una sociedad mejor para todos.

Por eso, no quiso dejar el evangelio en manos del poder. Él mismo nunca se impone por la fuerza, no gobierna, no controla, no vigila. En su comunidad, «quien quiera

ser el mayor se ha de hacer servidor». Jesús no encumbra a sus discípulos dándoles un poder sobre los demás. Desde el poder no se puede impulsar la transformación evangélica que necesitamos entre nosotros.

PARA UN EXAMEN COLECTIVO

José Antonio Pagola

Jesús no envía a sus discípulos de cualquier manera. Para colaborar en su proyecto del reino de Dios y prolongar su misión es necesario cuidar un estilo de vida. Si no es así, podrán hacer muchas cosas, pero no introducirán en el mundo su espíritu. Marcos nos recuerda algunas recomendaciones de Jesús. Destacamos algunas.

En primer lugar, ¿quiénes son ellos para actuar en nombre de Jesús? ¿Cuál es su autoridad? Según Marcos, al enviarlos, Jesús «les da autoridad sobre los espíritus inmundos». No les da poder sobre las personas que irán encontrando en su camino. Tampoco él ha utilizado su poder para gobernar sino para curar.

Como siempre, Jesús está pensando en un mundo más sano, liberado de las fuerzas malignas que esclavizan y deshumanizan al ser humano. Sus discípulos introducirán entre las gentes su fuerza sanadora. Se abrirán paso en la sociedad, no utilizando un poder sobre las personas, sino humanizando la vida, aliviando el sufrimiento de las gentes, haciendo crecer la libertad y la fraternidad.

Llevarán sólo «bastón» y «sandalias». Jesús los imagina como caminantes. Nunca instalados. Siempre de camino. No atados a nada ni a nadie. Sólo con lo imprescindible. Con esa agilidad que tenía Jesús para hacerse presente allí donde alguien lo necesitaba. El báculo de Jesús no es para mandar, sino para caminar.

No llevarán «ni pan, ni alforja, ni dinero». No han de vivir obsesionados por su propia seguridad. Llevan consigo algo más importante: el Espíritu de Jesús, su Palabra y su Autoridad para humanizar la vida de las gentes. Curiosamente, Jesús no está pensando en lo que han de llevar para ser eficaces, sino en lo que no han de llevar. No sea que un día se olviden de los pobres y vivan encerrados en su propio bienestar.

Tampoco llevarán «túnica de repuesto». Vestirán con la sencillez de los pobres. No llevarán vestiduras sagradas como los sacerdotes del Templo. Tampoco vestirán como el Bautista en la soledad del desierto. Serán profetas en medio de la gente. Su vida será signo de la cercanía de Dios a todos, sobre todo, a los más necesitados.

¿Nos atreveremos algún día a hacer en el seno de la Iglesia un examen colectivo para dejarnos iluminar por Jesús y ver cómo nos hemos ido alejando sin darnos casi cuenta de su espíritu?

Urteko 15. Igandea (B)

Markos 6,7-13

Hamabiei dei egin eta binaka bidaltzen hasi zen, espiritu gaiztoak botatzeko ahalmena ematen ziela. Biderako deus ere ez hartzeko agindu zien, makila bat besterik: ez ogirik, ez zakutorik, ez eta gerrikoan dirurik ere; oinetan sandaliak eraman zitzatela, baina aldatzeko soinekorik ez. Gero, nola jokatu esan zien: “Etxe batean sartzen zaretenean, gelditu bertan herri hartatik atera arte. Eta nonbait onartzen ez bazaituzte eta entzun nahi ez, handik alde egitean, astindu zeuen oinetako hautsa, beraien kontrako seinaleztat”.

Joan ziren, bada, haiek eta berriona hots egin zuten bihozberri zitezen. Deabru asko botatzen zuten eta gaixo asko sendatzen, olio zurgintza.

ELKARTEKO AZTERKETA

Jose Antonio Pagola

Jesusek ez ditu bidali ikasleak nolanahi. Jainkoaren erreinuaz Jesusek duen egitasmoan parte hartu eta haren misioa jarraitu nahi bada, ezinbestekoa da biziera berezi bat. Horrela izan ezean, mila gauza egin ahal izango dugu, baina Jesusen espiritu munduan txertatu ez. Jesusen gomendio batzuk gogorarazi dizkigu Markosek. Azpimarra ditzagun banaka batzuk.

Lehenik eta behin, nor dira haiek Jesusen izenean hitz egiteko? Zein aginpide dute horretarako? Markosen arabera, Jesusek, bidali dituenengan, «aginpidea eman die espiritu kutsatuen gain». Ez die eman boteririk bidean aurkituko duten jendearen gain. Jesus bera ere ez da baliatu bere botereaz jendea gobernatzeko, sendatzeko baizik.

Beti bezala, mundu osasuntsuagoa du Jesusek bere gogoan, gizakia esklabo eta desgizaki bihurtzen duten indar gaiztoetatik librea den mundua. Ikasleek ere haren indar sendatzailea txertatu behar dute jendearen artean. Jesusen ikasleak gizartearen ikasle-bidea egin nahi badu, jendearen gain boterea erabiliz ez, baizik bizitza gizatar bihurtuz burutuko du, jendearen sufrimena arinduz, askatasuna eta haurridetasuna handiaraziz.

Soilik, «makila» eta «oinetakoak» eramango dituzte. Bidaiari ikusi nahi ditu Jesusek ikasleak. Inoiz ez egonari loturik. Beti bidaiari. Ezeri eta inori atxiki gabe. Berekin behar-beharrezkoa bakarrik dutela. Jesusek berak zuen zalutasunez horniturik, behar-rean den nornahirengana iristeko prest. Jesusen makila ez da agintzeko, baizik bidean lagun izateko.

Ez dute eramango «ogirik, ez bizkar-zorrorik, ez dirurik». Ez dute bizi behar beren segurtasuna burutik kendu ezinik. Gauza inportanteagoa dute berekin: Jesusen Espiritua, haren Hitza, haren Agintea jendearen bizitza gizatartatzeko. Kuriosa da, baina Jesusek ez du gogoan eraginkorrago izateko ikasleek berekin eraman behar duten ezer; soilik zer ez duten eraman behar aipatu du. Hain zuzen, egunen batean pobreez ahaztu eta beren ongizatean hesiturik gera ez daitezen.

Ez dute eraman behar «ordezko jantzirik» ere. Xume-xume jantziko dira, pobreak bezala. Ez dute eramango Tenpluko apaizek bezalako jantzi sakraturik. Ez dira jantziko basamortuko bakardadean Bataiatzailea jantzi ohi zen bezala ere. Jendearen

artean izango dira profeta. Ikasleen bizitza seinale izan behar du Jainkoa guztiekiko hurbil dela, batez ere premiarik handiena dutenekiko.

Ausartuko ote gara egunen batean Elizaren baitan elkarteko azterketa egitera, Jesussek argitu gaitzan eta, kasik konturatu gabe, haren espiritutik nola joan garen urruntzen ikustera irits gaitezen?